

Perú: Los primeros pasos del Presidente

Pease-García, Henry

Henry Pease García: Sociólogo y periodista peruano; Profesor Principal de la Universidad Católica. Candidato a la Presidencia de la República en las últimas elecciones. Actual presidente colegiado de la alianza Izquierda Unida.

Una inesperada victoria precede a la verdadera sorpresa. El presidente Fujimori ganó sumando aquellas posiciones que no aceptaban el shock propuesto por Mario Vargas Llosa, el candidato de la derecha liberal. Al escribir este artículo se estremece la población peruana con alzas de precios del orden del 3.000% en la gasolina, el kerosene o el gas, mientras que la mayoría de los productos alimenticios suben entre 300 y 900%. Fujimori aplicó un shock sin anestesia ni compensación alguna, palabras aparte.

Comenzando por el centro

El presidente Fujimori juró en una turbulenta sesión del Parlamento en la que la derecha liberal del FREDEMO casi no dejó hablar al presidente saliente Alan García e interrumpió varias veces al propio Fujimori. Algo sin precedentes en las protocolares ceremonias peruanas, que permitió al nuevo presidente mostrar su estilo propio desde el comienzo. Así, en medio del bullicio de las bancadas, cada párrafo de su mensaje lograba el aplauso de un extremo y la rechifla del otro. De esta forma, entre bandazos, parecía perfilarse la opción de Fujimori por el centro del espectro político.

Por cierto, esa imagen fue precedida de un cuidadoso y lento esfuerzo por conformar un gabinete con ministros de derechas e izquierdas, llamados a título personal. El contenido del discurso partió del centro y tiene afirmaciones progresistas que es necesario valorar.

En efecto, afirmarnos protagonistas de nuestro propio destino en medio de una ofensiva ideológica transnacional que hace esperar todo del capital y los recetarios extranjeros, no es un mal punto de partida para el Perú de hoy. Asumir la crítica a los monopolios junto con la defensa de la pequeña y mediana empresa es algo importante que en ese momento parecía mostrar la prioridad del nuevo gobierno

aunque hoy, tras las medidas económicas, hayan quedado sin capital de operación la mayoría de pequeñas empresas y el comercio informal.

Fue significativo también el enfoque inicial dado por el presidente al tema de la violencia política, reconociendo la violencia estructural que está en la base de este fenómeno, lo que explica y complejiza las respuestas. Esto le valió críticas de la derecha, lo que no es raro porque la forma en que ésta e incluso algunos izquierdistas renegados tratan el problema de la violencia peca de tal incapacidad para comprender la realidad que ya desde el diagnóstico están aportando más a la guerra que a la paz¹. Este discurso inaugural, que ratificaba además que no habría despidos ni privatización masiva, podía ser un buen augurio en medio de la hecatombe en que Alan García y el partido aprista dejaban al país. Había con seguridad más ventajas que costos en un camino que se anunciaba concertador, que no hacía tremendismo en el lenguaje y fijaba a la vez un rumbo amplio, con posibilidades de juego político y dentro de eso con un norte progresista. Pero bien dijo un viejo revolucionario que a los políticos es mejor mirarles las manos antes que la boca porque muchas de estas palabras cayeron ya por tierra, en pocas semanas.

Firmeza militar

El mismo 28 de julio, casi al momento de instalarse el nuevo presidente, se produjo la remoción sorpresiva y sin protocolos de los comandantes de la Marina y la Aviación. Sin caso a las críticas ni a la soterrada protesta castrense Alberto Fujimori procedió de inmediato a depurar la cúpula policial enviando al retiro a más de 200 generales y coroneles. Había colocado a un general del ejército en el Ministerio del Interior y bajo su batuta impuso la subordinación de una policía muy trajinada por el gobierno aprista. Algunos observadores han visto en estas medidas una alianza entre el presidente y el Ejército, que ahora resulta la única institución intocada, afirmando una tendencia autoritaria reforzada por la presencia de algunos oscuros personajes vinculados a los servicios de inteligencia del docenio militar (1968-1980).

Es difícil evaluar la significación de estos personajes y no debemos olvidar que la cúpula oficial fue vinculada por derechas e izquierdas al comando terrorista que

¹Véase por ejemplo en el número 108 de Nueva Sociedad el artículo de Luis Pásara cuando critica a la Izquierda Unida por hacer lo que aquí hizo y bien el discurso de Fujimori, es decir, mostrar que la violencia estructural está en las causas y que si no se enfrenta no se resuelve el problema. La paz será obra de la justicia - aunque ésta sólo se plantee como luz al final del túnel y no algo completado - no de la radicalización de la lógica de las balas y los atropellos.

llevaba el nombre del mártir aprista Rodrigo Franco y cuyos crímenes hasta hoy están impunes.

Es evidente, sin embargo, que el presidente ha querido dar fuerza y decisión a su imagen haciendo que en los mismos días del shock se realicen exhibiciones militares como el patrullaje de las ciudades, además de reiterar la declaratoria en emergencia de casi todo el país. Nada enteramente nuevo en Perú, pero indicio de un estilo represivo que ya salió a luz con las primeras protestas contra las medidas económicas. Se golpea al pueblo y se le quiere tapar a boca para que no grite... Así ocurrió en forma «preventiva» ante los primeros intentos de marchas callejeras y ocurrirá ciertamente en el futuro, porque es la manera en que creen reducir los efectos de la oposición popular.

Lo que sí apunta en esta dirección, pero no sólo en ésta, es el fortalecimiento del Estado buscado dentro de las propias medidas económicas. Al optar por el «tarifazo» (3.000% de incremento de la gasolina, más de la mitad del cual es por impuestos) y no por una devaluación con más techo, haciendo que el exportador tribute una parte de su sobreganancia, es decir, amarrando a la devaluación el cierre de la brecha fiscal, tal como era la propuesta de la derecha liberal, el gobierno de Fujimori queda con recursos en la mano que le permitirán luego orientarlos a uno u otro sector social respondiendo a las presiones o a las alianzas en curso. Este camino le aumenta al Estado el margen de maniobra y permite validar la hipótesis de que el curso político de Fujimori lo amarra al Estado y sus aparatos (Ejército incluido) en un derrotero que puede devenir autoritario. Pero es sólo una hipótesis para guiar el análisis de un proceso que aún tiene varias puertas abiertas.

Un shock que lo sacó del centro

La herencia recibida de Alan García obligaba al nuevo gobierno a comenzar con un ajuste importante. Hay que decir con claridad que todo el país lo esperaba. Pero hay maneras de ajustar y sobre ellas se ha debatido, aunque tangencialmente, en toda la campaña electoral. Era posible proteger a los ya golpeados, asalariados y subempleados, si el conjunto de medidas partía de ese límite bajo en el cual ya estaban las mayorías y mantenía su ingreso real. Cargar nuevos paquetazos sobre los hombros de los más débiles resultaba a la luz de muchos de los participantes en las elecciones, Fujimori incluido, no sólo ineficaz sino propulsor de violencia.

La opción que ha seguido Fujimori no sólo no compensa a los más débiles, ha producido un shock que todos los analistas reconocen como el más duro de los pro-

puestos. Aunque al escribir este artículo las medidas son aún incompletas, no hay duda de la radicalidad del recetario. Se ha pretendido compensar alzas deslumbrantes con una bonificación que para una familia que viva de un salario mínimo legal no alcanzará para cinco días a los nuevos precios.

Por primera vez en 15 años las medidas no fueron acompañadas de un aumento del salario mínimo legal y la sola demora es un indicador de insensibilidad sobre la situación de las mayorías que no pueden conformarse con medidas de asistencia social, única manera en que ha entendido el gobierno el programa de emergencia. Por eso ahora, viviendo en ciudades semiparalizadas, una población golpeada y hambrienta acumula condiciones de protesta. Su desarrollo depende de varios factores, no será un hecho espontáneo pues se han tomado medidas preventivas, incluso a cargo del Ejército. Pero el ambiente popular es de rechazo y el pueblo entiende como traición estas medidas pues aunque estuviera preparado psicológicamente para un ajuste su voto había rechazado el shock y lo que siente es eso, es decir, algo mucho más duro que lo antes vivido en 15 años de paquetazos.

En efecto, no hay que olvidar que en las últimas elecciones el pueblo rechazó el shock propuesto por la derecha liberal representada por el FREDEMO. En la primera vuelta los candidatos del APRA, Izquierda Unida e Izquierda Socialista, combatieron el paquete del FREDEMO. En la segunda vuelta Fujimori ganó con sus propios votos y los de estas tres agrupaciones. En ambas vueltas Fujimori se opuso decididamente al shock.

Y aunque para los técnicos las diferencias entre shock y ajuste sean de grado y procedimiento - y hay varios lenguajes al respecto - para el pueblo votar por Fujimori significaba votar por alguien que iba a cuidar más a las mayorías tan golpeadas, que no iba a cargarles un alza brutal y velaría por el valor de su salario, aun cuando no pudiera elevarlo en lo inmediato a los niveles de antes. En concreto, era la esperanza de poder seguir viviendo con algo de alimentación y salud. No la muerte por decreto.

Las medidas tomadas son las más duras que gobierno alguno haya efectuado desde que la crisis comenzó en 1975. No hay aún políticas de mediano alcance para evaluar su perspectiva y los resultados posibles. Pero los costos sí pueden verse al nivel político y en el sacrificio que hoy paga el pueblo peruano. Habrá que insistir con todo en la responsabilidad histórica del gobierno aprista por el absoluto desmanejo económico. Sin considerar eso no podría entenderse cómo golpeado y molesto el pueblo sigue teniendo expectativas.

La derecha comienza el rodeo

Muchos exponentes de la derecha liberal se sienten expresados en las medidas tomadas. Algunos hasta se han dado el lujo de decir demagógicamente que las medidas son tan duras que muestran una insensibilidad social que ellos no comparten. Nuestra vieja clase dominante tiene voceros, de los propios y de los que se alquilan, que no se curan en salud. Transpiran todavía ese tufillo racista que los alejó de Fujimori tras la competencia con el escritor que encarnara con tanta fineza el gusto oligárquico de nuestras derechas. Pero ahora junto a Fujimori está el premier Hurtado, ex-ministro de Belaúnde, y muchos de los más pragmáticos fredemistas rodean al gobierno desde Acción Popular. Su socio en el FREDEMO, el Partido Popular Cristiano, ya autorizó a sus militantes a colaborar con el gobierno.

Pero miremos el bosque, no nos quedemos en los árboles. Sí hay diferencias con el shock neoliberal del FREDEMO. Porque las medidas de Fujimori no incluyen ni el despido masivo ni la radical privatización de las empresas públicas, ni el fin de la estabilidad laboral entre otras cosas. A esto podría llegarse, en forma gradual, por varios caminos y no sólo por el camino drástico del FREDEMO. Fujimori puede ser el articulador que la derecha peruana necesita para hacer lo que viene buscando ineficientemente desde 1980: ese reordenamiento desde arriba que asegure que funciona la alianza entre los planos civil y militar en torno de un proyecto burgués de gran alcance, con poder político unificado al económico como para subordinarnos a todos los peruanos y excluir a los que molestemos. Pero ahora este proyecto tendría un altísimo costo social, mayor que en el 80 y también un altísimo costo en condiciones democráticas. ¿Puede afirmarse ese camino según estos primeros pasos? Es probable que lo intente la derecha a partir de un Fujimori que se apoya en el Ejército y se compromete con el recetario liberal esperanzado en el apoyo financiero internacional. Pero no es la única alternativa posible pues por ese camino Fujimori tenderá a aislarse del pueblo que lo eligió, se debilitará su alianza, en medio de un Parlamento precario, y se unificarán varios opositores. Estos hoy aparecen golpeados por la derrota electoral, pero su remisión no es irreversible.

También es probable, entonces, el retorno a la lógica de los bandazos centristas. No olvidemos que estos primeros pasos sólo incluyen las medidas de corto plazo y en la propia derecha hay descontentos. Industriales y exportadores no ven fácil la salida.

El centro y las izquierdas se alejan

El curso político puede verse evaluando a qué sectores se abre fuego y a cuáles se afecta, restringe o excluye. Eso y los comportamientos de las fuerzas, su cercanía o alejamiento, indican la perspectiva de alguna manera. En estos primeros pasos es la derecha liberal la que resulta fortalecida. El centro aprista está enfrentado al gobierno desde el mismo 28 de julio. Las razones son más pragmáticas que ideológicas pues si en algo hay consenso nacional es en la gravísima responsabilidad del gobierno saliente por esta crisis económica. La lógica del nuevo gobierno obviamente acusa al APRA. Los líderes apristas tratan de acercarse a la protesta popular que hace poco reprimían.

La Izquierda Unida se encamina a la oposición tras haber recibido con amplitud a Fujimori y haberle endosado sus votos en la segunda vuelta. La autorización dada para que sus militantes ocupen cargos a título personal fue un gesto sin precedentes que posibilitó que una brillante maestra fuera ministra de Educación. Esta ha tenido que optar porque ya no es posible para la IU tener figuras en el gobierno. Su renuncia a IU deja establecida la distancia que dentro de esta política ya no se puede franquear.

Dos ministros y muchos funcionarios menores de la Izquierda Socialista quedan en el gobierno. Este sector, desprendido de IU bajo el liderazgo de Alfonso Barrantes en 1989, corre el riesgo de diluirse si va por ese camino. Así parece haberlo visto Barrantes que en recientes declaraciones marcó distancias de los ministros que tiene en el Gabinete. Mientras tanto la prensa de la derecha liberal los defiende, como defiende ya al gobierno, afirmando criollamente como un signo de aggiornamento socialista la presencia de estos ministros, su aceptación de las tesis liberales y en el fondo algo más, que apliquen un shock mortal a las mayorías, contradiciendo lo que ofrecieran al electorado y limpiando así, en parte, la derrota del FREDEMO. Duro nuestro juicio como dura es nuestra realidad, ciertamente dramática.

El drama social del Perú

Hoy las más reconocidas Organizaciones no Gubernamentales vinculadas a acciones contra el hambre, afirman en un comunicado que son 12 millones de peruanos los que están en condiciones de extrema pobreza. Antes de las medidas la cifra que se manejaba era de 7 millones. Es decir que de un plumazo llegamos al 55% de nuestra población en condiciones de extrema pobreza. No nos extraña porque es visible la miseria generalizada y porque el nuevo salario mínimo que pomposamente anuncia el gobierno después de 15 días de expectativa no alcanza sino para comprar 20 panes diarios, invirtiendo todo el salario en el pan que hoy también es

un lujo. Las reacciones contra las medidas no hay que medirlas, entonces, por lo que ocurra en el momento inicial ni las proyecciones deben limitarse a medidas de coyuntura. Lentos suelen ser los huaycos de nuestra sierra.

Perú se viene hundiendo en toda la década de los 80 y sus males ciertamente no comenzaron entonces. Ni siquiera la insurgencia terrorista de Sendero Luminoso y su crecimiento en la década pasada ha sensibilizado a los pocos que sí acumulan dinero y poder para entender que están sentados sobre un polvorín que estallará si sólo se responde con balas. Esto lo entiende el Presidente, porque lo asumió en su discurso, pero las medidas que ha tomado no son coherentes con esta situación límite.

El destino del gobierno de Fujimori se juega en su capacidad para sacar la cabeza de la crisis, mirar lejos y apostar a políticas de transformación estructural que enfrenten los problemas de fondo de la economía y la sociedad. El curso inicial lo lleva hacia la derecha pero no lo ata a ella. Puede voltear la cara y encontrar fuerza en los gobiernos regionales y municipales que hasta ahora trató despectivamente. Puede buscar acuerdos con las organizaciones populares, incluso para la acción de emergencia.

No va en esa dirección aunque no esté cerrada la puerta. Lo cierto es que sólo rompiendo con la derecha tradicional puede tener las energías para transformar e innovar una economía semidestruida cuyo dinamismo social parte de esos sectores que lo empujaron al triunfo: pequeños propietarios y microempresarios, ese amplio sector informal que con políticas adecuadas puede ser clave para enfrentar el dramático problema del empleo. Estos junto con los pequeños campesinos son decisivos para salir de la crisis.

Claro que los grandes proyectos también importan y algunas inversiones pueden abrirse si Fujimori no se deja deslumbrar por las presiones del FMI y en nombre de créditos que al final si llegan no rinden, acepta la lógica antipopular del shock y, como acaba de hacerlo, profundiza la violencia, la miseria y la misma crisis, en círculo vicioso que no se interrumpe hace años. Y hay que ser claros, por el camino trazado por nuestras derechas seguiremos repitiendo los fracasos de los 80 y la paz seguirá siendo una quimera con la cual se aleja también la perspectiva de un desarrollo posible.

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N° 110 Noviembre- Diciembre 1990, ISSN: 0251-3552, <www.nuso.org>.